

El pescador y su mujer

Había una vez un pescador que vivía con su mujer en un cuchitril* apestoso cerca del mar y que todos los días iba a pescar para ganarse la vida. Una tarde, mientras pescaba, la línea se hundió de repente en el agua clara y tranquila. Cuando la levantó, vio un gran lenguado en el anzuelo. El lenguado le dijo:

—¡Por favor, pescador, déjame ir! Yo no soy un pez, sino un príncipe encantado. No ganarás nada con matarme, pues no sirvo para comer. ¡Por favor, te lo pido, échame al agua y déjame ir!

—No hace falta que me des tanta charla. Seguro que dejaré ir a un lenguado que sabe hablar... No es algo que se vea todos los días.

Lo desenganchó y el lenguado volvió al fondo. Luego, el pescador regresó a su cuchitril, donde lo aguardaba su mujer.

—Marido —le dijo ella—, ¿no has pescado nada hoy?

—No —dijo el hombre—. Atrapé un lenguado que dijo que era un príncipe encantado, así que lo dejé ir.

—¿Y no le pediste nada antes de soltarlo?

—¿Y qué le iba a pedir?

—Habrías podido decirle que deseas una casita linda. Vuelve a llamarlo y seguramente nos la dará.

El hombre no estaba muy convencido; pero, por no contradecir a su mujer, volvió a la orilla.

Se paró frente al mar verde amarillento, que ya no estaba tan calmo, y llamó cantando:

*Pececito de la mar,
Isabela mi mujer
más que yo quiere tener.*

Entonces el lenguado asomó la cabeza por fuera del agua y dijo:

—¿Y qué es lo que quiere?

—Ah —contestó el hombre—, dice que yo debería haberte pedido una casita linda.

—Vuelve, entonces —le dijo el lenguado—, pues ya la tiene.

Cuando regresó, el pescador encontró a su mujer en la puerta de una linda casita.

—Ven adentro —le dijo ella—. Esto es mucho mejor.

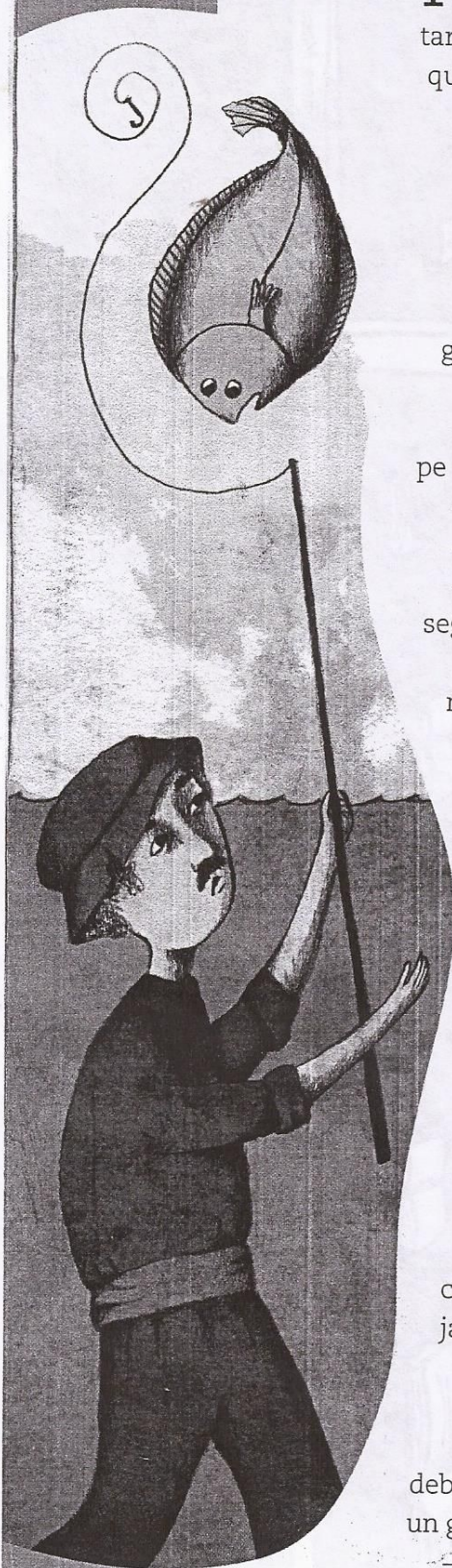
Recorrieron la sala, el dormitorio y la cocina. Todo era muy coqueto y confortable, y al fondo había un pequeño corral con patos y gallinas, y un jardín con flores y árboles frutales.

Ambos estaban muy contentos y satisfechos.

Pasó una semana y la mujer dijo:

—Marido, esta casita es demasiado pequeña para nosotros. El lenguado debería habernos dado una casa más grande. Ve y dile que me gustaría tener un gran castillo de piedra.

—Pero, mujer... ¿para qué quieres un castillo?



—¡Ve y pídeselo! —insistió ella—. Verás que te lo da.

El hombre pensaba que eso no estaba nada bien; pero de todos modos fue, porque no quería contradecir a su mujer. Cuando llegó al mar, el agua se había puesto de un color entre violeta y gris, y muy espesa, aunque aún se mantenía calma. Volvió a llamar cantando:

*Pececito de la mar,
Isabela mi mujer
más que yo quiere tener.*

—¿Y qué quiere ahora? —preguntó el lenguado asomando la cabeza por fuera del agua.

—¡Ni te imaginas! —exclamó el hombre, medio asustado—. Ahora quiere vivir en un castillo de piedra.

—Vuelve, entonces, pues ya lo tiene.

El hombre regresó a su casa y, cuando llegó, vio que era un gran castillo de piedra. Su mujer lo esperaba en la escalinata de la entrada y juntos entraron a un salón revestido de finos mármoles, todo iluminado por candelabros de oro, con una mesa donde estaban servidos los mejores manjares.

—¿No te parece hermoso? —preguntó la mujer, mientras comían esas exquisiteces.

—Por supuesto —respondió el marido relamiéndose los dedos—. Viviremos satisfechos en esta rica morada.

—Ya veremos —dijo la mujer—. Pero ahora, vayamos a dormir.

A la mañana siguiente, cuando la mujer despertó, desde los altos ventanales de la habitación pudo observar grandes extensiones de tierra.

—Despierta, marido. Asómate por la ventana. ¿No sería bueno que nos convirtiéramos en los reyes de todas estas tierras? Ve a hablar con el lenguado y verás que te lo otorga.

—Pero... ¿qué estás diciendo, mujer? Yo no quiero convertirme en rey de ninguna tierra.

—¡Tú no querrás, pero yo sí! —gruñó la mujer.

A regañadientes, el pescador volvió a acercarse al mar. Ahora el agua, de color gris oscuro, comenzaba a agitarse y tenía un olor muy feo. Como las otras veces, el hombre llamó cantando:

*Pececito de la mar,
Isabela mi mujer
más que yo quiere tener.*

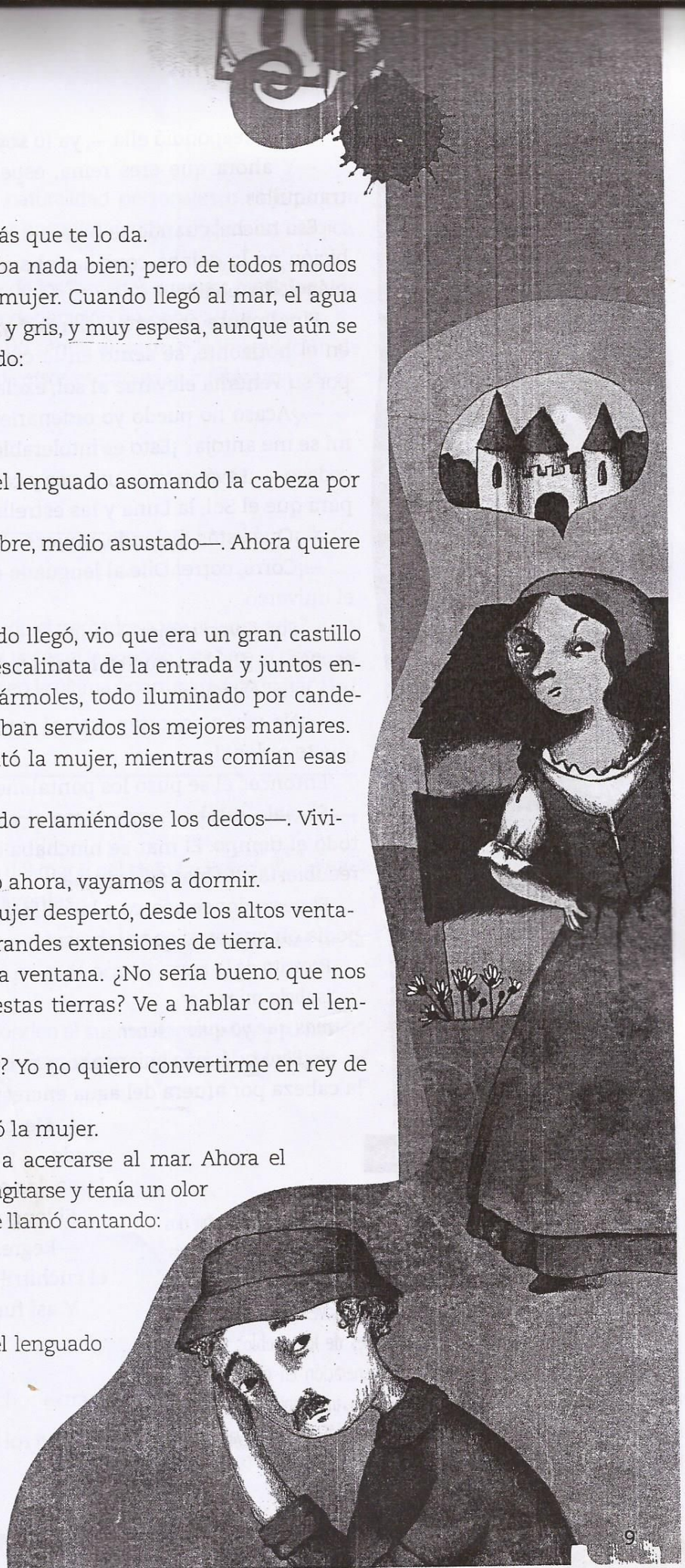
—¿Y qué quiere ahora? —preguntó el lenguado asomando la cabeza por fuera del agua.

—Pues quiere ser reina.

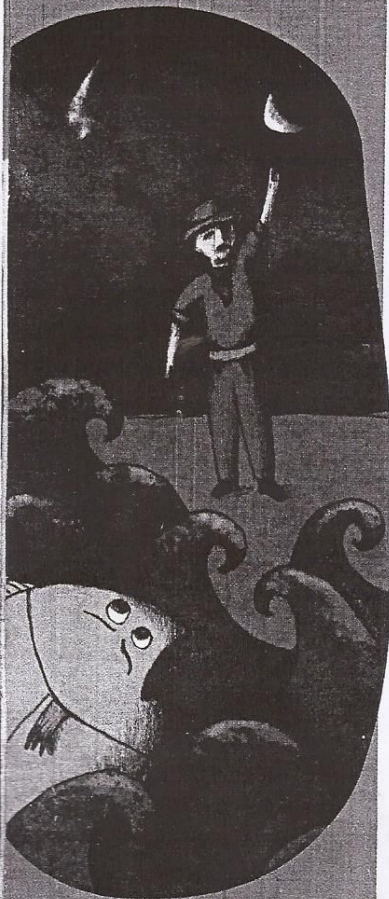
—Regresa a casa, que ya lo es.

Regresó y se paró delante de ella:

—Mujer, ya eres reina.



Leer un cuento maravilloso



GLOSARIO

- *Cuchitril: Cuartito muy pequeño y sucio.
- *Conciliar el sueño: Conseguir dormirse.
- *Clarear: Amanecer.
- *Encrespar: Levantar y alborotar las ondas del agua.

LOS COMPILADORES

Jacob (1785-1859) y **Wilhelm Grimm** (1786-1863) fueron dos hermanos que vivieron hace más de ciento cincuenta años en Alemania. Ambos estudiaron leyes, pero se dedicaron a la docencia y a la investigación del lenguaje y la literatura. Durante sus investigaciones, recopilaron numerosos cuentos que los habitantes de los pueblos narraban oralmente y eran transmitidos de generación en generación. En *Cuentos de hadas de los hermanos Grimm*, transcribieron célebres relatos como "Hansel y Gretel", "Blancanieves" y "El Sastrecillo valiente".

—Sí —respondió ella—, ya lo soy.

—Y ahora que eres reina, espero que estés conforme y podamos vivir tranquilos.

Esa noche, cuando se fueron a la cama, ella no estaba satisfecha y la ambición no la dejaba conciliar el sueño*, porque se la pasaba pensando qué más podía pedir.

Finalmente empezó a clarear* y, cuando la mujer vio las primeras luces en el horizonte, se sentó en la cama para contemplar el amanecer. Al ver por su ventana elevarse al sol, exclamó:

—¿Acaso no puedo yo ordenarles al sol y a la luna que salgan cuando a mí se me antoja? ¡Esto es intolerable! ¡Marido! —le dijo, despertándolo de un codazo—. ¡Levántate de una vez y corre a pedirle al lenguado que me dé poder para que el Sol, la Luna y las estrellas me obedezcan!

—¿Qué estás diciendo, mujer?

—¡Corre, corre! Dile al lenguado que ahora quiero tener poder sobre todo el universo.

—¡Por favor, mujer! —suplicó el pescador, y cayó de rodillas frente a su esposa—. ¿Te has vuelto loca? Nadie puede tener poder sobre el Sol, la Luna y las estrellas.

—¡No voy a soportar esto ni un minuto más! ¡Vete de una vez y haz lo que te ordeno!

Entonces él se puso los pantalones y salió corriendo como loco.

El cielo estaba negro como el alquitrán, y había truenos y relámpagos todo el tiempo. El mar se hinchaba con sus olas oscuras, altas como torres, recubiertas de blanca espuma.

El pescador se acercó a la orilla y gritó, pero en medio de la tempestad no podía oír sus propias palabras:

Pececito de la mar,

Isabela mi mujer

más que yo quiere tener.

—¿Pero qué más quiere ahora tu mujer? —preguntó el lenguado asomando la cabeza por afuera del agua encrespada*.

—Me cuesta decirlo —suspiró el hombre atarado—, pero quiere que la obedezcan el Sol, la Luna, las estrellas y todo el universo...

El lenguado contestó de inmediato:

—Regresa a casa y la encontrarás otra vez en el cuchitril apestoso.

Y así fue. Allí viven hasta el día de hoy.

RECOPILADO POR LOS HERMANOS GRIMM
(VERSIÓN DE SUSANA CURATELLA).